

El alemán como lengua franca de la Unión Europea

David FERNÁNDEZ VÍTORES

CES Felipe II (UCM)
dvitores@cesfelipesecondo.com

Recibido: 7 de septiembre de 2009

Aceptado: 14 de enero de 2010

RESUMEN

En comparación con el inglés y el francés, el alemán representa un papel secundario como lengua franca institucional de la Unión Europea. Sin embargo, desde finales de los años ochenta, el estatus de esta lengua ha ido reforzándose paulatinamente en el ámbito comunitario, lo que ha motivado que los líderes políticos germanos reclamen para su lengua nacional un trato institucional similar al que reciben el inglés y el francés. El presente artículo realiza un análisis diacrónico de la posición del alemán en Europa y en la UE frente a sus dos principales competidores –el francés y el inglés–, adoptando para ello un enfoque sociolingüístico.

Palabras clave: Hablante nativo, Tratado de Maastricht, política lingüística, Instituto Goethe.

German as the Lingua Franca of the European Union

ABSTRACT

Compared with English and French, German plays a minor role as an institutional lingua franca of the European Union. However, since the late eighties, the status of this language has gradually been reinforced. This has prompted German political leaders to demand an institutional treatment for their own national language similar to that received by English and French. This paper provides a diachronic analysis of the position of German in Europe and the EU vis-à-vis its two main competitors (French and English) from a sociolinguistic point of view.

Keywords: Native speaker, Maastricht Treaty, language policy, Goethe Institute.

SUMARIO: 1. Perspectiva histórica. 2. Factores que determinan el estatus actual del alemán en Europa y en la Unión Europea. 3. La posición del alemán en la antesala de la unión política. 3.1. Los hablantes nativos de alemán. 3.2. Potencial funcional. 3.3. El alemán como segunda lengua en la Comunidad Europea. 3.4. La fuerza económica del alemán. 3.5. Las minorías alemanas en Europa. 3.6. El alemán en Europa Central. 4. La toma de conciencia de Alemania con respecto a su lengua. 5. La articulación política de la reivindicación lingüística alemana. 6. Conclusiones.

1. Perspectiva histórica

Si tenemos en cuenta el consenso de los estudios sobre la historia de la lengua alemana (Ammon 1991*b*, 2000; Mattheier 2003), el punto de inflexión en el que este idioma comenzó a establecerse como una lengua franca en Europa habría que situarlo en la Edad Media. Fue precisamente en esa época cuando el alemán se encontraba en fase de expansión. La principal área lingüística vinculada a la lengua alemana se encontraba constituida por lo que hoy es Alemania, Austria, la parte germanófona de Suiza, Luxemburgo, Alsacia y Lorena –en el este de Francia– y el Tirol del Sur –en el norte de Italia–. Sin embargo, debido a los movimientos de población originados por las coyunturas socioeconómicas y religiosas, el alemán fue asentándose poco a poco en el norte y este de Europa. Los colonos alemanes de distinta procedencia establecieron el alemán como lengua materna en Silesia, Prusia Oriental y las partes orientales de Pomerania¹; Bohemia y Moravia²; Siebenbürgen –en Rumanía–; y partes de Hungría, Eslovaquia, Eslovenia, y la región báltica. Dado que estos movimientos de población coincidieron en parte con el proceso de urbanización que se estaba produciendo a lo largo y ancho de Europa, los colonos alemanes, imbuidos en su mayoría de un espíritu comercial bastante marcado, consiguieron que su lengua se convirtiera en una prestigiosa lengua franca que, con el paso del tiempo, acabaría influyendo en sus lenguas vecinas (Darquenes y Nelde 2006: 62). En muchos casos, los pobladores alemanes se beneficiaron del éxito de la liga Hanseática (Langer 2003: 284), que fue creada en 1158, como una agrupación de los comerciantes de Alemania del norte, con el fin de proteger y fomentar los intereses comerciales mutuos. Esta asociación que, en su época de apogeo, se extendía desde Brujas a Novgorod³, consiguió conferir al alemán un papel preponderante dentro de esta red comercial, lo que contribuyó en gran medida a hacer del alemán una lengua de prestigio internacional (Langer 2003: 290). En Escandinavia, por ejemplo, el alemán adquirió el estatus de lengua de la educación entre la burguesía y la nobleza y el de lengua utilizada por la diplomacia y en la redacción de los Tratados (Darquenes y Nelde 2006: 62).

Sin embargo, el éxito de la política lingüística de la Liga Hanseática no fue secundado por la otra unión política que agrupaba a numerosos Estados de Europa Central: el Sacro Imperio Romano. Este último seguía prefiriendo el uso del latín para sus contactos con potencias extranjeras. En este sentido, su estrategia lingüística difiere bastante de la adoptada por otras potencias como Francia y España que, a medida que fueron constituyéndose como potencias coloniales, intentaron imponer su lengua en el ámbito diplomático y político desde el siglo XVI en adelante.

Los cambios políticos y económicos que tuvieron lugar en Europa durante los siglos XVI y XVII significaron también el declive y la posterior desaparición del Sa-

¹ Desde la Segunda Guerra Mundial, estas zonas pertenecen a Polonia y Rusia.

² Desde la Primera Guerra Mundial, estas zonas han pertenecido a lo que hoy constituye la República Checa.

³ Situada a unos 150 kilómetros al sureste de San Petersburgo.

cro Imperio Romano. Efectivamente, aunque originada por disputas religiosas entre Reforma y Contrarreforma dentro del propio Sacro Imperio Romano Germánico, la Guerra de los Treinta Años, librada en la Europa Central —principalmente en Alemania— entre los años 1618 y 1648, acabó arrastrando a la mayoría de las grandes potencias europeas de la época. Los continuos episodios de hambrunas y enfermedades no solo diezmaron la población civil de los Estados alemanes⁴ (Parker 1988: 148) sino que, además, llevaron a la bancarrota a muchas de las potencias implicadas y, en cualquier caso, redujeron considerablemente la actividad económica (Wilson et ál. 1979: 267). A esta situación política ha da añadirse otra de carácter económico: el emporio comercial que representaba la Liga Hanseática fue perdiendo gradualmente su influencia a medida que las principales rutas comerciales del norte de Europa y del mar báltico fueron desplazándose hacia el océano atlántico.

En otro orden de cosas, el siglo XVI significó también el nacimiento de una preocupación por hacer del alemán una lengua codificada mediante la creación de una norma (Deumert y Vandebussche 2003: 215-9). Así, cuando el francés comenzó a adquirir prestigio debido al contexto político y económico, un grupo de intelectuales alemanes empezó a fundar sociedades destinadas a purificar el alemán de las influencias francesas. Como ha descrito pormenorizadamente Mattheier (2003: 224-5), las obras de Martin Optiz y Justus Georg Schottel, entre otros, supusieron el nacimiento de un cierto patriotismo cultural que obligó a plantear el conflicto entre las dos variantes de la lengua: el alemán común —*gemeines Deutsch*— y el alemán luterano —*Lutherdeutsch*— (ibídem: 218). Sin embargo, hasta finales del siglo XVIII no quedó más o menos saldada esta disputa, a favor del *Lutherdeutsch*.

Este patriotismo cultural, desarrollado durante los siglos XVII y XVIII, se vio intensificado en el siglo XIX con el desmembramiento del Sacro Imperio Romano y el liderazgo de Prusia (Blackbourn 2003: 188). Como han señalado Darquenes y Nelde (2006: 63), Prusia consiguió realzar el prestigio internacional del alemán. En el contexto europeo, es preciso decir que no fue solo la expansión colonial en África lo que contribuyó a renovar el interés por el alemán en Europa oriental y del norte, donde ya era una lengua de prestigio, sino la primacía prusiana en los ámbitos tecnológico y científico. Es más, con anterioridad a 1914, el alemán y el inglés eran las dos lenguas principales de acceso al conocimiento científico a nivel internacional (Michels 2004: 209). Este renovado interés por el alemán también se dejó sentir fuera del viejo continente. En Estados Unidos, por ejemplo, el porcentaje de alumnos que estudiaba alemán en los centros educativos del país en 1915 era del 25%. Con todo, aunque a principios del siglo XX el estatus del alemán como lengua extranjera se vio muy reforzado, este siempre fue por detrás del estatus del francés y

⁴ Para dar una idea de la repercusión demográfica de esta contienda bélica basta decir que, en el transcurso de la misma, la población del Sacro Imperio se vio reducida en un 30%. En Brandenburgo, por ejemplo, se llegó al 50%, y en otras regiones incluso a los dos tercios de la población. Además, la población masculina en Alemania se redujo a la mitad. (Grolier Incorporated 1998: 687). Estudios más recientes (Delgado de Cantú 2005: 178) han rebajado ligeramente estas estimaciones y sitúan el descenso entre el 15% y el 20%.

del inglés (Darquenes y Nelde 2006: 63). A esta posición secundaria en la clasificación de lenguas francas contribuyó, en parte, la penosa situación en la que se encontraba la enseñanza de lenguas en Alemania durante el último tercio del siglo XIX y que apenas podía hacer frente a una política lingüística de promoción de su lengua nacional mediante la elaboración de métodos que hicieran su aprendizaje atractivo a los ojos del público internacional (Michels 2004: 209). En cualquier caso, el inicio de la Primera Guerra Mundial cortó de raíz la senda expansionista iniciada por el alemán.

No es de extrañar que, una vez concluida la contienda, la preocupación por el prestigio internacional de la lengua alemana se materializase en la creación, en 1923, del *Deutsches Institut* que, en el verano de ese mismo año, pasó a denominarse *Deutsche Akademie* —Academia Alemana— (ibídem: 208). Sin embargo, cuando la Academia Alemana comenzó su andadura en 1925, su trabajo, más que en la promoción de la lengua y cultura alemanas en el extranjero, se centró principalmente en el apoyo a las minorías alemanas que se encontraban fuera de Alemania. Algo por otra parte comprensible, dado que, en los años veinte, el futuro de los alemanes residentes en los Estados surgidos tras el desmembramiento de la Rusia Zarista y el Imperio Austrohúngaro, así como en los territorios perdidos como consecuencia del Tratado de Versalles, era un asunto pendiente de resolución (ibídem: 210).

Posteriormente, con la incorporación de Franz Thierfelder como encargado de las relaciones públicas de la Academia Alemana, dicha institución comenzó a convertirse en un instrumento de propaganda internacional de la nación alemana. De hecho, el propio Thierfelder se encargó de dibujar un panorama posbélico favorable a la expansión del alemán como lengua franca. Según él, la represión de las minorías alemanas durante la Primera Guerra Mundial había propiciado un redescubrimiento de la conciencia lingüística entre estas minorías que, sin duda, favorecería la expansión del alemán. Así, desde 1928, esta institución se convirtió en una especie de oficina estadística encargada de supervisar todos los asuntos relacionados con el estatus del alemán en el extranjero. Asimismo, los recursos con los que contaba se pusieron al servicio de los políticos y diplomáticos interesados en fortalecer la influencia cultural en el sur y el este de Europa. Este afán por aumentar la influencia cultural estuvo motivado, entre otras cosas, por el renovado interés de la política exterior alemana en los Balcanes (Michels 2004: 215).

El cambio definitivo de objetivo en la Academia Alemana se produjo cuando Karl Hushofer fue nombrado Presidente de esta institución. Con su llegada, el número de escuelas de enseñanza de alemán se multiplicó por cuatro con respecto a 1933 (ibídem: 220). En poco tiempo, la apertura de tantos centros se demostró excesivamente optimista con respecto a la demanda de aprendizaje del alemán, y esto colocó a la institución al borde de la bancarrota. Sin embargo, los diplomáticos no podían permitirse la quiebra de una institución que estaba empezando a tener un cierto impacto a escala internacional y que, dada la firme vocación de su nuevo Presidente de dotar a la Academia de un tinte Nacional Socialista, servía, además, de instrumento de propaganda política en el extranjero (ibídem: 221).

Durante la Segunda Guerra Mundial, esta institución se convirtió en el principal instrumento de propaganda del tercer Reich, con una red de más de 250 escuelas en

toda Europa. No en vano, fue también la única organización cultural oficialmente disuelta por los aliados en 1945, por considerarla una institución estrechamente ligada al nazismo (ibídem: 207).

El duro golpe que supuso la pérdida de la guerra también se dejó sentir en todo lo relativo a la promoción del alemán como lengua internacional. El período de la posguerra y el inicio de la guerra fría tuvieron un doble efecto sobre el prestigio de esta lengua. Durante la época comunista, el estudio del alemán, como lengua de la República Democrática (RDA), era obligatorio en muchos de los países pertenecientes al Pacto de Varsovia. En muchos de estos, el alemán adquirió un cierto estatus de lengua de la libertad y de acceso a Occidente. Por el contrario, en el resto de Europa occidental, esta lengua se percibía con no pocos prejuicios ligados a la etapa bélica (Darquenes y Nelde 2006: 71). No es de extrañar, por tanto, que, como ha señalado Phillipson (2003: 90), desde 1945, el gobierno germano, preocupado ante todo por demostrar sus credenciales democráticas, se abstuviera de cualquier promoción lingüística que pudiera recordar a la ideología nazi. Ideología que llegó a atribuir propiedades casi místicas a la lengua alemana. Con todo, la política de promoción de la lengua germana impulsada por Konrad Adenauer y secundada por sus sucesores tuvo una recepción más que tolerante entre los países destinatarios. Tanto es así, que el aprendizaje del alemán llegó a considerarse como el pasaporte indispensable para conocer la cultura alemana.

Hasta los años setenta no se desvinculó la política lingüística alemana de la promoción de la cultura propiamente dicha. Efectivamente, en 1970, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, que hasta ese momento había sido el responsable de la política cultural y lingüística, publicó una serie de directrices, destinadas a ilustrar el diseño de la política cultural en el extranjero, en las que hacía hincapié en que el alemán era solo un medio, pero no el objetivo en sí mismo, de las actividades de Alemania fuera de sus fronteras (Darquenes y Nelde 2006: 73). De esta manera, Alemania desvinculaba en cierto modo el aprendizaje de su lengua de la promoción de su cultura. Algo que no han hecho ni Francia ni Reino Unido.

2. Factores que determinan el estatus actual del alemán en Europa y en la Unión Europea

Determinar el estatus o la posición que una lengua ocupa en un entorno multilingüe como es la Unión Europea es una tarea complicada (Ammon 1991a: 241) y no son pocos los autores (Ammon 1991a; Clyne 1995; Coulmas 1993; Kloss 1974 y Phillipson 1992, entre otros) que han ido perfeccionando un modelo que, aunque no carente de imperfecciones, resulta útil para determinar la importancia real del alemán dentro de esta organización supranacional. Algunos de los factores que se incluyen en este modelo, y que ya han sido enumerados por Ammon (1991a: 241-2), son los siguientes:

1. La fuerza numérica de la lengua: aquí habría que distinguir entre los hablantes nativos y aquellos que la tienen como segunda lengua.
2. El carácter social de la lengua. Es decir, la clasificación social de sus hablantes según su riqueza, sexo, clase social, etc.
3. Funciones: El uso de la lengua en campos como la enseñanza, el mundo científico, etc.
4. Distribución geográfica: las regiones donde viven los hablantes de dicha lengua y también a las que viaja un número significativo de hablantes que hacen uso de esa lengua.
5. Estatus legal: este componente está estrechamente ligado al de las funciones de la lengua, pero no necesariamente tiene que coincidir con ellas.
6. Estimación: las actitudes que ciertos grupos importantes de la sociedad tienen hacia la lengua o hacia su uso. Estos grupos pueden ser de hablantes nativos o no nativos.

Por su parte, Kloss (1974) establece como el principal factor determinante del estatus internacional de una lengua, el número de personas que la está aprendiendo o que ya la ha incorporado como segunda lengua. A esta variable le seguiría en importancia la utilización de la lengua en congresos u organizaciones y el número de libros redactados en esta lengua que posteriormente se traducen. Coulmas (1993) ha concedido especial importancia al factor económico como determinante del estatus de una lengua en un contexto multilingüe, ya sea nacional o internacional. Según este autor, los criterios para determinar el estatus de una lengua, serían los siguientes: 1) Radio de comunicación; 2) Potencial funcional de la lengua; 3) Inversión en la lengua; 4) Demanda de la lengua como un bien económico o como artículo de consumo; 5) Lo que la lengua puede conseguir para la comunidad lingüística en cuestión. En la medida de lo posible, nuestro estudio realizará un uso combinado de todos estos factores para intentar determinar cuál era el estatus del alemán en la CE antes de la firma del Tratado de Maastricht en 1992, es decir, antes de que la unión económica se transformara en una unión política.

3. La posición del alemán en la antesala de la unión política

3.1. Los hablantes nativos de alemán

Como ya ha demostrado Ammon (1991a: 245), la fuerza numérica de las lenguas está directamente relacionada con el estatus de oficialidad o no oficialidad del que estas disfrutaban dentro de la UE. De hecho, si se comparan los datos relativos a los hablantes de las distintas lenguas oficiales con los de las no oficiales, el resultado sería el siguiente:

Cuadro 1. Fuerza numérica de las lenguas de la CE en 1987 (en millares)

<i>Lenguas oficiales</i>		<i>Lenguas no oficiales</i>	
Alemán	63.072	Catalán	9.617
Inglés	60.170	Vasco	1.071
Francés	59.961	Irlandés	0.700
Italiano	57.330	Bretón	0.900
Español	38.820	Frisón	0.500
Neerlandés	21.388	Galés	0.482
Portugués	10.290	Luxemburgués	0.367
Griego	9.930	Gaélico	0.079
Danés	5.150	Ladino	0.030
		Esloveno	0.053
		Albanés	0.090

Fuente: Ammon (1991a: 245).

Aunque algunos de estos datos se han revisado posteriormente, sobre todo en lo relativo a las lenguas minoritarias, resulta evidente que las lenguas con estatus de oficialidad dentro de la UE son aquellas que tienen el mayor número de hablantes. La única excepción a la regla es el caso del catalán, que consigue superar al danés en número de hablantes. Además, dentro de estas lenguas oficiales, el alemán es la que encabeza la clasificación en cuanto al número de hablantes nativos. Es decir, antes de la reunificación alemana, el alemán ya era la primera lengua de la Comunidad Europea en función del número de hablantes nativos.

3.2. Potencial funcional

Respecto al potencial funcional de la lengua, es preciso señalar que, antes de 1992, el alemán era utilizado como herramienta de comunicación en casi todos los campos del conocimiento. Incluso era la lengua de comunicación habitual en algunos países que, en aquella época, eran solo candidatos al ingreso en la UE. Tal es el caso de la de la Facultad de Ingeniería perteneciente a la Universidad Técnica de Sofía —Bulgaria— (Clyne 1995: 9).

Sin embargo, el estudio de Ammon (1991b) relativo al uso del alemán en las publicaciones académicas, reveló que, fuera de Alemania, casi nadie publicaba ya en alemán en la fecha de realización del estudio —entre 1989 y 1990—, al menos en el ámbito de las ciencias naturales. Este dato coincide además con los aportados por Tsunoda (1983: 144-55) y Baldauf y Jernudd (1983)⁵, relativos a 1980 y 1981 respectivamente y que incluyen el número de publicaciones a escala mundial. En estos,

⁵ Citados en SARACINO (2004: 12).

el porcentaje de las publicaciones científicas en alemán con respecto a las otras tres lenguas estudiadas sería el siguiente:

Inglés:	entre 70% y 80%.
Alemán:	4%.
Francés:	3%

Aunque el alemán tiene un 4%, conviene puntualizar que la mayoría de las publicaciones que integran dicho porcentaje son publicaciones editadas en Alemania. Quizá lo más importante para nuestro análisis sea constatar que el alemán superaba al francés en número de publicaciones científicas a nivel mundial.

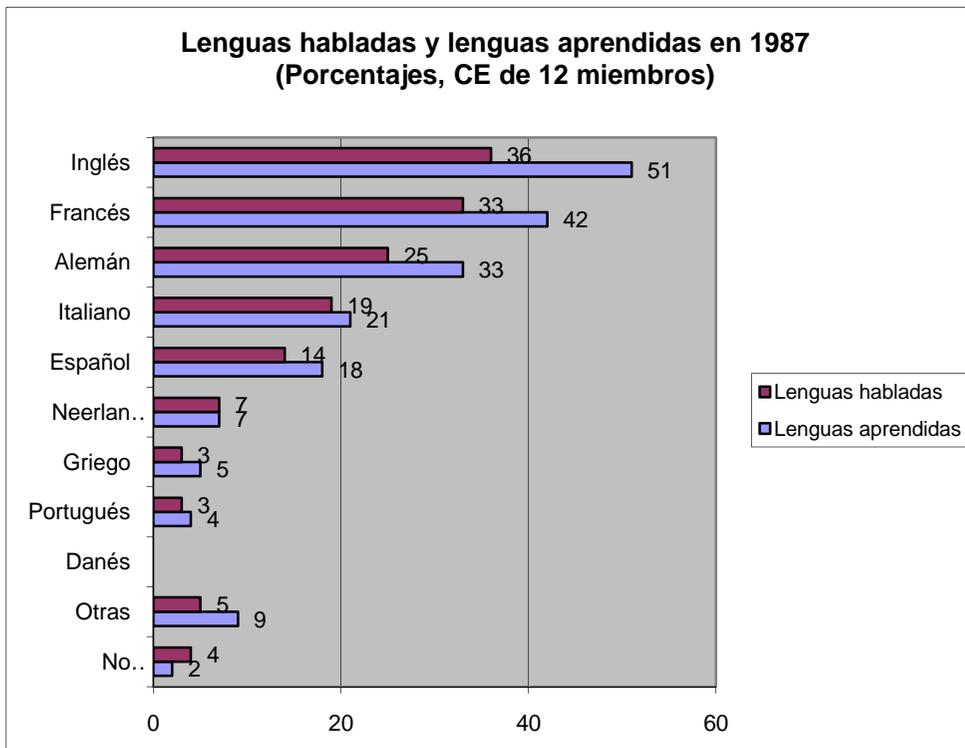
En el ámbito estrictamente europeo, sin embargo, las publicaciones científicas en alemán seguían teniendo una buena recepción. Esto es especialmente cierto en Europa Central y Oriental (Clyne 1995: 9). Con todo, en algunas disciplinas, como las humanidades y las ciencias sociales, el alemán iba por detrás del inglés y del francés. Incluso en las Universidades de los países germanófonos, el inglés ya había superado al alemán en muchas de esas disciplinas como lengua de publicación. En realidad, únicamente superaba al inglés en áreas temáticas como el derecho, la Historia y la Teología y estaba empatado con el inglés en el campo de la lingüística (ibidem). En general, se usaba más en las ciencias aplicadas que en las ciencias puras. Por su parte, los académicos de Alemania Oriental y de Europa del Este utilizaban en su mayoría el alemán, probablemente por la supremacía técnica de la RDA en el Bloque del Este (Ammon 1991b: 212-26)

Para concluir el estudio del potencial funcional del alemán, también resulta ilustrativo observar en qué medida esta lengua era utilizada en organizaciones internacionales o encuentros multilaterales y multilingües. Este dato nos daría una idea de, hasta qué punto, el alemán era considerado como un instrumento útil de comunicación institucional cuando la UE establecía contactos con otras organizaciones internacionales. En este sentido, es preciso señalar que, a diferencia del francés y del inglés, el alemán no está reconocido como lengua oficial de la Organización de las Naciones Unidas. Por otra parte, en la organización de congresos y conferencias internacionales, su papel era muy limitado en comparación con el del francés y el inglés (Clyne 1995: 10). Con todo, el alemán a veces se utilizaba como la lengua vehicular en la organización de congresos internacionales en Alemania. Una vez más, eran los Alemanes del Este y no los de la República Federal los más proclives a utilizar el alemán en sus ponencias ante estos foros internacionales (Ammon 1991b: 249).

3.3. El alemán como segunda lengua en la Comunidad Europea

Otro de los elementos que indican la importancia que los ciudadanos de la UE conceden a cada una de las lenguas que se hablan en esta organización supranacional es el número de personas no nativas que las han aprendido o que las utilizan como segundas lenguas. En este sentido, la situación de los distintos idiomas en el contexto de la Comunidad Europea en 1987 era el siguiente:

Gráfico 1



Fuente: Eurobarómetro n.º 28 (1987: 78).

Como puede observarse, aunque el alemán figura por detrás del inglés y el francés como segunda lengua de la CE, el porcentaje de ciudadanos europeos capaces de comunicarse en esta lengua —25%—, así como el porcentaje de estos ciudadanos que la han aprendido —33%—, era lo suficientemente significativo como para incluir al alemán entre las posibles lenguas francas de la Comunidad antes de la entrada en vigor del Tratado de Maastricht. Es más, en un estudio realizado inmediatamente después de la entrada de Reino Unido en el club comunitario —1973—, Van Deth (1979: 93) recopiló los datos relativos a los estudiantes de lenguas extranjeras en el seno de la Comunidad. Estos datos, posteriormente ponderados por Ammon (1991a: 251) en función del número de habitantes de cada Estado miembro de la CE, serían los siguientes:

Cuadro 2. Porcentaje aproximado de lenguas comunitarias estudiadas como segundas lenguas por estudiantes de la CE (1973/74)

Inglés	83,8%
Francés	46,3%
Alemán	20,8%
Español	5,8%
Italiano	1,4%

Si comparamos los datos del Eurobarómetro con los aportados por Van Deth y Ammon, la tendencia que dibuja la evolución del alemán como segunda lengua dentro de la CE era claramente alcista desde 1973 hasta 1987. Dicho esto, también ha de tenerse en cuenta que las variables analizadas en cada uno de los estudios son distintas. Es decir, el hecho de que se estudie una lengua, tal como refleja el trabajo de Van Deth (1979: 93), no implica que esta se haya aprendido, dato este último que sí refleja el Eurobarómetro de 1987. En cualquier caso, la tendencia alcista resulta indiscutible aun en el caso de que ambos datos —lenguas estudiadas y lenguas aprendidas— coincidiesen en número. Por otra parte, para una mejor lectura de los datos relativos a 1973 y 1974, debe tenerse en cuenta que muchos de estos estudiantes no aprendían solamente una lengua comunitaria sino varias. A esto habría que añadir el hecho de que, en el período al que se refieren los datos analizados, países como España y Portugal, con una tradición fuerte de estudio del francés como lengua extranjera, aún no formaban parte de la Comunidad Europea (Ammon 1991a: 251).

A esta posición privilegiada del alemán como segunda lengua en la CE contribuyó sin duda la inversión realizada por el gobierno alemán en los años anteriores a 1992 (Clyne 1995: 11). Tradicionalmente, el alemán se había estudiado como lengua extranjera en los centros educativos y universidades del resto de los Estados miembros (Ammon 1991b: 223-41, 261-7). El apoyo económico de Alemania a la promoción de su lengua y cultura nacionales se ha canalizado a través de instituciones como el Instituto Goethe y la Deutscher Akademischer Austausch Dienst (DAAD, Servicio de Intercambio Académico Alemán). El Instituto Goethe se encarga de la enseñanza y la promoción del alemán como lengua extranjera y de la cultura alemana. En esencia, su labor es similar a la realizada por instituciones parecidas de otros Estados miembros, como el British Council en Reino Unido o el Instituto Cervantes en España: la organización de cursos, conferencias, exposiciones, la formación del profesorado especializado en la enseñanza de la lengua y la cooperación institucional en sus centros con sede en Alemania y en otros países. Por su parte, la misión de la DAAD es impulsar el intercambio académico entre Alemania y otros países, mediante la puesta a disposición de becas de estudio y la organización de ciclos de conferencias, así como la creación de puestos de lector en universidades de otros países (Clyne 1995: 10). A partir de los años noventa, estas dos instituciones han realizado una reorganización de sus prioridades que ha tenido como resultado una mayor transferencia de recursos hacia Europa Central y Oriental. En el año que nos

ocupa, 1992, se estimaba que se necesitaban entre 10.000 y 12.000 profesores de alemán en Polonia y entre 6.000 y 8.000 en Checoslovaquia⁶. A este déficit de profesorado comenzó a hacerse frente mediante el envío de docentes procedentes de países de habla alemana y mediante el reciclaje de profesores de ruso en Europa oriental (ibídem: 11).

En cuanto al gasto destinado a financiar estas políticas de promoción de la lengua alemana, el gobierno alemán desembolsó 22 millones de dólares en 1992 únicamente para el diseño y la implementación de dichas políticas en Europa Central, Oriental y Suroriental. Y esto sin incluir el apoyo a las minorías de habla alemana de estas regiones. Esta cifra contrasta con la invertida por el British Council —6 millones de dólares— en los primeros 18 meses después de los levantamientos en Europa del Este para promocionar el inglés en esta zona e intentar, de esta manera, que fuera el inglés y no el alemán el idioma que sustituyera al ruso como lengua franca de dichas regiones (ibídem). En cualquier caso, la promoción del alemán no siempre vino de la mano de la financiación directa por parte de estas instituciones sino que, en ocasiones, dicha promoción estuvo más ligada al tejido empresarial: aportando, por ejemplo, asesores alemanes en el ámbito del desarrollo industrial o de los trabajos de reconstrucción en Letonia y Lituania (ibídem).

Por último, las escuelas alemanas subvencionadas por Alemania también constituían, y aún constituyen en la actualidad, un fuerte instrumento de promoción de la lengua alemana en otros Estados miembros y en el mundo en general. Según Ammon (1991b: 451-2), en 1986 existían en todo el mundo más de 336 *Auslandsschulen* dirigidas por una organización alemana y con unos 130.000 alumnos matriculados. Estas escuelas cumplían una doble función. Por un lado, servían de centro educativo para los nacionales expatriados y, por otro, hacían las veces de foro de encuentro intercultural. Además, también había un número considerable de escuelas de fin de semana en países con inmigrantes de habla alemana. Asimismo, una gran parte de los centros educativos europeos solía ofrecer el alemán como una de las lenguas de su educación bilingüe (Clyne 1995: 11).

3.4. La fuerza económica del alemán

Uno de los factores que influyen en el deseo o la necesidad de aprender una lengua es, como se ha visto, la función que esta tiene en ámbitos como, por ejemplo, las publicaciones científicas. Sin embargo, otro factor que quizá tiene más peso a la hora de decidir qué lengua aprender en un entorno multilingüe es la capacidad de dicha lengua para facilitar la realización de negocios a las personas que la aprenden. Esta capacidad está estrechamente ligada a la fuerza económica de los países en los que se habla dicho idioma. El siguiente cuadro muestra la fuerza económica de las lenguas oficiales de la Comunidad Europea y del catalán a mediados de los años ochenta en términos de Producto Nacional Bruto de las distintas comunidades lingüísticas. En las columnas de la derecha se muestra entre paréntesis, a modo de refe-

⁶ Hasta el 1 de enero de 1993 este país no se dividió, pacíficamente, en dos Estados: la República Checa y Eslovaquia. Ambos forman parte de la Unión Europea desde 2004.

rencia, el PNB de los países en los que cada una de las lenguas tiene el mayor contingente de hablantes nativos. El cuadro quedaría como sigue:

Cuadro 3. Fuerza económica de las lenguas (comunidades lingüísticas) dentro de la CE (PNB de los hablantes nativos) en 1985

Alemán	686.916	(RFA	667.970)
Francés	568.492	(Francia	526.630)
Inglés	491.440	(Gran Bretaña	474.190)
Italiano	372.959	(Italia	371.050)
Neerlandés	190.797	(Holanda	132.920)
Español	168.820		
Danés	57.657	(Dinamarca	57.330)
Griego	35.250		
Portugués	20.140		
Catalán	44.686	(Cataluña	41.822)

Fuente: Ammon (1991a: 250⁷).

Aparte de mostrar una correlación bastante estrecha entre la fuerza económica de las lenguas y su fuerza numérica, el cuadro anterior colocaba al alemán en la primera posición dentro de la clasificación de las lenguas de la CE en función del poder económico de sus hablantes. Algo que, como hemos dicho, debería suponer un incentivo claro para su aprendizaje. Sin embargo, tan solo cinco años más tarde (Ammon 1991a: 250), el alemán quedó relegado a la segunda posición, cediendo el primer puesto al inglés. Con todo, seguía estando por delante del francés en términos económicos. En otras palabras, antes de la entrada en vigor del Tratado de Maastricht, el alemán se encontraba en una posición delicada en lo que a su representatividad económica se refiere: aunque aún disfrutaba de una posición privilegiada, esta se estaba deteriorando rápidamente a favor del inglés.

3.5. Las minorías alemanas en Europa

Otro factor que puede darnos una idea de la posición del alemán antes de 1992 es la dispersión geográfica de esta lengua. En este sentido, resulta especialmente útil hacer un recuento de las minorías asentadas en Europa que tenían el alemán como lengua materna. Si tomamos en consideración los datos aportados por Born y Dickgießer (1989: 15), estas minorías germanófonas asentadas en otros países europeos, excluyendo a aquellas que tienen el alemán como lengua regional oficial, son las siguientes:

⁷ Aunque este autor no proporciona la unidad de medida, esto no afecta a la validez del cuadro comparativo. En cualquier caso, tras haber contrastado estos datos con los aportados en *The Economist* 2006, entendemos que la unidad de medida es el millón de dólares.

Antigua Checoslovaquia:	62.000
Dinamarca:	20.000-35.000
Italia:	11.000 ⁸
Hungría:	62.000
Polonia:	1.100.000
Rumanía:	200.000-220.000 ⁹
Antigua Unión Soviética:	1.900.000 ¹⁰

Como puede apreciarse, el alemán era una lengua ampliamente extendida por el territorio europeo en lo que a las minorías germanófonas se refiere. En buena lógica, esto debería suponer una ayuda complementaria a las políticas lingüísticas de difusión del alemán como lengua franca de Europa y, por extensión, de la UE. Sin embargo, para el caso concreto de la UE, lo realmente importante es saber cuál era la posición del alemán en Europa Central. Esto parece evidente si tenemos en cuenta que, desde principios de los noventa, este era el principal escenario europeo para las siguientes ampliaciones de la Comunidad y prácticamente el único desde la ampliación de 1995.

3.6. El alemán en Europa Central

Ammon (1991*b*) ha señalado cuatro aspectos clave para definir el estatus del alemán en Europa Central, al menos en la época estudiada. Estos son los siguientes:

- (i) El contacto con países de habla alemana.
- (ii) La concienciación de las minorías germanófonas.
- (iii) La integración del alemán como lengua extranjera en los programas de estudio de los países de Europa Central.
- (iv) Las políticas lingüísticas oficiales llevadas a cabo por los países en los que el alemán es la lengua nacional.

Como puede inferirse de los datos aportados por Born y Dickgießer, la influencia del segundo de estos factores estaba disminuyendo debido a la inmigración de las minorías alemanas de la Unión Soviética, Rumanía y Polonia. Además, en Europa Central y del Este, el alemán, aunque continuaba siendo una lengua dominante, estaba cediendo el testigo al inglés como lengua franca de la zona y las expectativas para el futuro no eran excesivamente optimistas en cuanto a la recuperación de la posición anterior (Clyne 1995: 12). Efectivamente, si tenemos en cuenta los datos aportados por Földes (1992) podemos constatar que la tendencia instalada en la sociedad de los países de Europa Central se encaminaba hacia un abandono progresivo del alemán como lengua de comunicación externa, ya que el relevo generacional

⁸ Fuera del Tirol del Sur.

⁹ Muchos de estos estaban emigrando a Alemania (CLYNE 1995: 12).

¹⁰ Esta cifra refleja la población de la minoría alemana en 1979. Unos 900.000 se encontraban en Kazajstán y alrededor de 790.000 en Rusia (CLYNE 1995: 12).

deterioraba aún más la posición de este idioma. Es decir, las viejas generaciones eran más proclives que las nuevas a utilizar el alemán como lengua franca de la zona. Además, este uso era inversamente proporcional al radio de comunicación de la persona que la utilizaba. De esta manera, las mujeres tenían más probabilidades de usarla que los hombres. Del mismo modo, los habitantes de pequeñas poblaciones utilizaban más el alemán que los habitantes de las grandes ciudades (Clyne 1995: 13). Esto hacía pensar que el ritmo del deterioro del alemán como lengua franca podría acelerarse, a medida que el radio de acción de estas personas aumentara debido a las innovaciones tecnológicas, a la mejora en los medios de comunicación y, sobre todo, a la apertura política. En este sentido, el dato del turismo resulta revelador: antes de los cambios políticos, la mayoría de los turistas de Praga procedían de la RDA, mientras que en la actualidad los turistas acuden de todas las partes del mundo, con lo que el uso del alemán cada vez es menor y mayor el del inglés (ibídem).

De cualquier forma, conviene analizar el caso particular de algunos de estos países para observar el arraigo del alemán en esta zona de Europa. Así, en 1992, Hungría seguía manteniendo estrechos lazos culturales con Alemania. Además, el 40% del comercio y el 70% de su turismo lo realizaba con países de habla alemana. La comunidad germanohablante, aunque cada vez más reducida, editaba 14 publicaciones en alemán, entre periódicos y revistas (ibídem). Es más, algunos autores han creído observar una cierta revalorización del alemán entre la minoría alemana de Hungría (Gal 1993: 355). Una de las razones de esta apreciación es el hecho de que muchos padres han decidido hablar a sus hijos en alemán para ampliarles sus perspectivas profesionales en el futuro (ibídem). Por último, la mayoría de los periódicos extranjeros que circulaban en Hungría en la época analizada solían publicarse en alemán, así como los canales de televisión extranjeros, que acostumbraban a emitir en esta lengua (Clyne 1995: 14).

En Eslovaquia y la República Checa la división entre las áreas rurales y las urbanas es uno de los principales factores que determinan el uso del alemán. En este sentido, en los centros educativos de Praga se suele enseñar más inglés que alemán, al contrario de lo que ocurre en otras zonas, donde el grado de enseñanza del alemán es aún mayor. En cualquier caso, en la época analizada, el porcentaje combinado de enseñanza del alemán, tanto en la escuela primaria —54%— como en la secundaria —33%—, era aun ligeramente superior al del inglés, con el 40% y el 43% respectivamente (ibídem).

En los países bálticos, únicamente Letonia parecía hacer esfuerzos por mantener sus vínculos con el idioma alemán. En Lituania, la intensa emigración a los Estados Unidos era sin duda un fuerte incentivo para adoptar el inglés en detrimento del alemán. Además, el hecho de que Estonia comparta lazos culturales y similitudes lingüísticas con Finlandia estaba haciendo que en estos estados bálticos cada vez fuese mayor la tendencia a adoptar el inglés como primera lengua extranjera en la enseñanza (ibídem).

En Polonia, por otra parte, el 30% de los estudiantes de enseñanza secundaria, estaba aprendiendo alemán, mientras que, en Eslovenia, el 17% de los estudiantes escogía el alemán como primera lengua extranjera. En este último Estado, el alemán

era además la lengua que se utilizaba habitualmente en los contactos con austriacos, alemanes y húngaros, aunque este uso estaba en declive entre las nuevas generaciones (ibídem).

4. La toma de conciencia de Alemania con respecto a su lengua

Los elementos analizados en el apartado anterior —número de hablantes nativos, potencial funcional de la lengua, su utilización como lengua extranjera, la fuerza económica del alemán, las minorías alemanas en Europa y en la UE, así como la fuerte implantación del alemán en Europa Central— ilustran una situación en la que el estatus del alemán era, en muchos aspectos, similar al estatus del inglés y del francés y, en algunos casos, como es el número de hablantes nativos, superaba a estas dos lenguas. Sin embargo, esta posición del alemán no se veía reflejada en el uso de esta lengua en el ámbito institucional. De hecho, en vísperas de la unión política, el uso institucional del alemán estaba muy por debajo del inglés y del francés en la elaboración de los textos primarios de la UE —6%, 48% y 35% en 1991, respectivamente— (Labrie 1993: 114; Truchot 2003: 104), en la comunicación oral —6%, 62% y 31%, respectivamente— y escrita —1%, 64% y 35%, respectivamente— entre los funcionarios de las instituciones comunitarias (Gehnen 1991: 55-56), así como en la comunicación de estos funcionarios de las instituciones comunitarias con expertos procedentes de otros Estados miembros (ibídem: 57). A esto es preciso añadir que, en los países que tradicionalmente habían adoptado el alemán como primera lengua extranjera, se estaba produciendo un relevo generacional que favorecía de modo cada vez más intenso al inglés en detrimento del alemán. En otras palabras, a principios de los noventa el alemán estaba perdiendo su representatividad en Europa y en la Unión Europea, y no existía una política clara de defensa de este idioma en el ámbito institucional de la UE. Más bien al contrario, desde el ingreso de Reino Unido en la Comunidad Económica Europea en 1973, muchos funcionarios alemanes contratados por las distintas instituciones parecían haber renunciado voluntariamente al uso del alemán como lengua de trabajo en beneficio del inglés (Darquenes y Nelde 2006: 73).

El cambio de mentalidad que permitió la articulación de una política clara de defensa y promoción del alemán en la UE fue produciéndose poco a poco durante la década de los noventa y estuvo motivado, principalmente, por tres factores de índole política: la reunificación alemana, el ingreso de Austria en la Unión Europea (Ammon 2006a: 330) y la perspectiva de la ampliación de la UE hacia el este de Europa. Analicemos cada uno de estos factores por separado para estudiar, después, cuál ha sido su efecto combinado y qué tipo de estrategias de defensa de la lengua nacional han propiciado.

Como se ha señalado anteriormente, la reunificación alemana supuso un gran cambio no solo desde el punto de vista político y social sino también desde el punto de vista lingüístico. Con la absorción de la RDA por la RFA, la comunidad de hablantes nativos de alemán se consolidó definitivamente como la mayoritaria de la Unión. Si antes de la reunificación, la comunidad alemana, integrada por unos 63

millones de hablantes nativos, únicamente superaba a la francesa y a la inglesa en unos tres millones de hablantes, después de esta, la comunidad alemana pasó a tener unos 81 millones de hablantes (Clyne 1995: 4). Esto, sin duda, supuso un argumento de peso para que los líderes políticos alemanes reivindicasen un trato institucional del alemán acorde con su estatus en Europa y en la UE. De hecho, como ha señalado Kraus (2008: 130), desde la caída del muro de Berlín y la reunificación de Alemania en 1990, el Gobierno Federal ha hecho todo lo posible por fomentar el uso del alemán en las instituciones comunitarias y exigir para este idioma un trato similar al que disfrutaban el francés y el inglés. En este sentido, el antiguo canciller Kohl consiguió algunas mejoras en el estatus del alemán cuando, en 1993, este idioma se convirtió en lengua interna de trabajo de la Comisión, junto con el inglés y el francés (Ammon 2006a: 330).

La incorporación de Austria a la Unión Europea supuso un nuevo reforzamiento de la posición alemana por un doble motivo. Por un lado, a la ya mayoritaria comunidad lingüística alemana de Alemania había que sumarle otro importante contingente de hablantes nativos —unos 7,5 millones— procedentes de Austria (Clyne 1995: 4), con lo que se reforzaba aun más la superioridad numérica de esta comunidad en el seno de la Unión. Por otro lado, el alemán dejaba de ser una lengua oficial que, a pesar de esta superioridad numérica, solo tenía a un Estado miembro de referencia en el que era, además, la lengua nacional. Es decir, con la entrada de Austria en la Unión Europea pasaron a ser dos los Estados que tenían el alemán como lengua nacional y oficial. En la práctica, esto supuso que el alemán igualara al inglés en lo que a la dispersión geográfica de la oficialidad de estas lenguas se refiere¹¹. Pero quizá lo más relevante sea el cambio político que esto suponía para la defensa del alemán, ya que aportaba un nuevo argumento para defender una mayor representatividad institucional del alemán. Además, suponían una representatividad política mayor en el seno del Consejo de la Unión Europea cuando este decidiera sobre asuntos relativos a la utilización de las distintas lenguas oficiales¹².

Una vez consolidada la reunificación alemana y realizada la ampliación de 12 a 15 miembros, la Unión Europea comenzó a centrar su interés en una ampliación hacia el Este de Europa (Curzon Price y Landau 1999: 10). Dado que, como hemos señalado anteriormente, el alemán estaba muy asentado en Europa Central y Oriental, esto supuso un nuevo aliciente para que la comunidad lingüística alemana reivindicase una mayor representatividad institucional. Más aún si tenemos en cuenta que la posición del alemán en esta zona geográfica estaba en declive. En cualquier caso, un año antes de la ampliación de 2004, el alemán todavía tenía en estos países una presencia muy significativa. Así al menos se desprende de los datos aportados por Darquenes y Nelde (2006: 66) sobre los 10 países de Europa en los que más se estudiaba el alemán en 2003. Estos datos son los siguientes:

¹¹ En 1995 el inglés era la lengua oficial de otros dos Estados miembros: Reino Unido e Irlanda.

¹² Aunque esta representatividad era más simbólica que real.

Cuadro 4. Países europeos en los que más se estudia el alemán (2003). Porcentaje de la población total del país.

	<i>País</i>	<i>Porcentaje</i>
1.	República Checa	7,83
2.	República Eslovaca	7,63
3.	Hungría	6,3
4.	Polonia	5,68
5.	Eslovenia	5,15
6.	Dinamarca	4,5
7.	Lituania	4,30
8.	Letonia	4,22
9.	Estonia	4,20
10.	Finlandia	4,14

Fuente: Instituto Goethe. Citado en Darquenes y Nelde 2006, p.65.

Como puede observarse, en vísperas de la ampliación a una UE de 25 miembros, el interés por aprender alemán era mayor en Europa Central que en el resto de la Unión. En otras palabras, de los países en los que más se estudiaba el alemán, solo dos —Finlandia y Dinamarca— pertenecían a la UE. El resto eran todos países candidatos a la adhesión. Esto muestra una concentración del interés por esta lengua en dicha zona y, por consiguiente, sugiere que, tras la ampliación, el alemán saldría claramente reforzado con respecto a su situación anterior. Así, esta perspectiva de futuro reforzaba aún más la posición del alemán en la UE y alentaba a los líderes políticos alemanes (Ammon: 2006a: 330) a reivindicar un mayor protagonismo de su lengua en las instituciones comunitarias. Además, si tenemos en cuenta los datos aportados por Eurostat en 2005, parece que las previsiones alemanas se han cumplido, ya que, con el 12% de hablantes no nativos en la UE, el alemán llega incluso a superar al francés, que tiene el 11%¹³.

Aparte de los tres factores citados anteriormente, hay otro que la literatura especializada no suele recoger y que puede resultar determinante a la hora de definir las políticas lingüísticas de defensa de las lenguas en la Unión Europea: el grado de concentración en el territorio de la UE de países para los cuales una lengua es oficial en comparación con el resto del mundo. Así, si tenemos en cuenta el número de países del mundo en los que el inglés, el francés y el alemán disfrutan de un estatus de oficialidad y lo comparamos con los Estados miembros de la UE en los que estas lenguas tienen estatus de lengua oficial, el resultado sería el siguiente:

¹³ Véase Eurobarómetro n.º 63.4 / 237 (2005: 7).

Cuadro 5. Grado de concentración en la UE del estatus de oficialidad de cada lengua¹⁴

	<i>N.º de países en los que la lengua tiene estatus de oficialidad¹⁵</i>	<i>N.º de Estados miembros de la UE en los que tiene estatus de oficialidad</i>	<i>Porcentaje de concentración de la oficialidad en la UE</i>
Inglés	63	3 (Reino Unido, Irlanda y Malta)	4,76%
Francés	34	3 (Francia, Bélgica y Luxemburgo)	8,82%
Alemán	8	5 (Alemania, Austria, Bélgica, Luxemburgo e Italia)	62,5%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos ofrecidos en Ammon (1991a: 247), Darquenes y Nelde (2006: 64-65), Clyne (1995) y Akal (2003).

Del cuadro anterior pueden extraerse dos conclusiones claras. En primer lugar, que tanto el inglés como el francés tienen una representatividad legal internacional mucho mayor que el alemán, algo que sin duda es un elemento a favor de la implantación de estas dos lenguas como lenguas francas de la UE. En segundo lugar, que el principal escenario de batalla para la defensa de la lengua alemana ha de ser necesariamente la Unión Europea, algo que no ocurre con el francés y con el inglés. Esto resulta evidente si se tiene en cuenta que el porcentaje de concentración de la oficialidad del alemán es más de siete veces superior al del francés y trece veces superior al del inglés.

Efectivamente, en Europa, el alemán es el único idioma oficial en Alemania, Austria y Liechtenstein. Comparte su estatus de oficialidad en Bélgica —con el francés y el neerlandés—, en Luxemburgo —con el francés y el luxemburgués—, en Suiza —con el francés, el italiano y el rético— y en ciertas regiones de Italia, como el Alto Adigio —con el italiano—. Es decir, la vocación europea del alemán es absolutamente clara: cinco de estos Estados son miembros actuales de la UE y los otros dos —Liechtenstein y Suiza—, aunque no están integrados ni política ni económicamente en la Unión, sí lo están geográficamente, lo que determina aún más la vocación europea del idioma alemán.

De lo expuesto anteriormente puede deducirse que, desde 1989 y a lo largo de la década de los noventa, el alemán ha visto claramente reforzada su posición extrains-

¹⁴ No obstante, hay que tener en cuenta que, en muchos casos, las lenguas citadas comparten con otras este estatus de oficialidad, o dicho estatus está limitado a un área geográfica determinada dentro de los respectivos países.

¹⁵ Hemos tomado como válidos los datos ofrecidos por BANKS et ál. (1987), tal como los cita AMMON (1991a: 247).

titucional en el seno de la UE, así como su representación política. Dicho reforzamiento le ha permitido reclamar que dicha posición se tradujera, también, en una mayor presencia en el ámbito institucional. En el fondo, esta reclamación consistía en pedir para el alemán el mismo trato institucional que ya disfrutaban el francés y el inglés.

5. La articulación política de la reivindicación lingüística alemana

A pesar de lo expuesto en el apartado anterior, el descontento por la falta de aplicación de los reglamentos relativos a las lenguas y por la yuxtaposición entre las lenguas oficiales y las de trabajo ha sido expresado, sobre todo, por los alemanes (Kraus 2008: 128). Efectivamente, los funcionarios alemanes que trabajan en las instituciones comunitarias suelen afirmar que su lengua tiene el mismo estatus que el inglés o el francés como lengua de trabajo. Sin embargo, a menudo se quejan de que, en el trabajo diario de las instituciones, los funcionarios que no tienen un dominio absoluto del inglés o del francés se encuentran en desventaja en lo que a la comunicación interna de los organismos comunitarios se refiere, a pesar de la superioridad numérica del alemán en cuanto al número de hablantes nativos (ibídem: 128-9). Algo que, por otra parte, viene a confirmar los datos ya aportados por Gehnen (1991: 55-56) a principios de los noventa.

Una resolución aprobada por la asociación local de Bruselas del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en abril de 2000 ayuda a perfilar las actitudes alemanas respecto del uso del alemán en las instituciones comunitarias (Kraus 2004: 150). Como es de suponer, los miembros de esta asociación son en su mayoría funcionarios y empleados de las instituciones de la UE. Además, en el momento de su redacción, dicha resolución estaba íntimamente ligada a un asunto político relativo al propio funcionamiento institucional: la reforma de la Comisión Europea. El documento en cuestión, que tenía como destinatarios a los responsables políticos de la Comisión y a los diputados socialdemócratas del Parlamento Europeo, es una muestra de la estrecha vinculación existente entre las políticas partidistas, las lingüísticas y las europeas en muchos de los asuntos tratados en Bruselas (Kraus 2008: 129). Entre otras cosas, la resolución controvertida plantea la siguiente reclamación:

Deben adoptarse medidas urgentes para garantizar la aplicación de las lenguas de trabajo

La reforma de la Comisión debe concentrarse en promocionar el uso de las lenguas de trabajo en la administración, especialmente durante el proceso de ampliación. Medidas prácticas en este sentido son:

- **Los puestos de gestión de alto nivel en los grupos salariales A1 y A2** deberían cubrirse en el futuro exclusivamente por personas con una cualificación demostrada. Esto incluye las competencias lingüísticas relevantes. Dado que, por el momento, no es posible un acuerdo sobre el establecimiento de una única lengua de trabajo, un candidato a ocupar estos puestos debería tener una

competencia pasiva en, al menos, las tres lenguas de trabajo de la Comisión (inglés, francés y alemán).

- **De todos los que aspiren a una carrera en la función pública** debería esperarse que tuvieran un conocimiento básico de las tres lenguas en un período de dos años. (Kraus 2004: 151)¹⁶.

Como se desprende del texto, la preocupación de Alemania por la falta de representación de su lengua en las instituciones y el deseo de adoptar medidas prácticas destinadas a enmendar esta situación es algo evidente. Además, se recomienda expresamente que las medidas de promoción del alemán se adopten con vistas a la ampliación, lo que da una clara muestra de la toma de conciencia de los alemanes sobre la importante baza lingüística que supone la ampliación al este de Europa para el estatus del alemán en las instituciones. Por otra parte, también se deduce del texto un cierto recelo sobre el peligro que puede suponer para el alemán no adoptar estas medidas con relativa rapidez.

A pesar de la preocupación por la insuficiente presencia institucional del alemán, manifestada por los líderes y funcionarios alemanes en la UE desde 1989, la batalla política propiamente dicha no estalló hasta julio de 1999, cuando Finlandia asumió la presidencia rotativa del Consejo de la Unión Europea. Presidencia que, los seis meses precedentes, había sido ocupada por Alemania, que en ese momento pasaba a formar parte de la Troika comunitaria¹⁷. El gobierno finés había planeado utilizar únicamente el inglés y el francés, además del finés¹⁸, en todas las reuniones informales del Consejo¹⁹. Sin embargo, el gobierno alemán se opuso tenazmente a esta medida e insistió en que se incluyera también al alemán. La insistencia llegó hasta tal punto que, cuando los fineses se negaron a incluir el alemán como lengua de trabajo, los alemanes y los austriacos boicotearon las reuniones cancelando su participación en las mismas (Ammon 2006a: 330). Esta disputa, que se prolongó durante todo el verano, concluyó con una solución de compromiso entre las dos posturas enfrentadas: los delegados de habla alemana podrían expresarse en alemán y ser traducidos a las otras lenguas, pero las otras lenguas de trabajo no se traducirían al alemán (Kraus 2008: 130). En la práctica, esto implicaba que estos delegados deberían tener un conocimiento pasivo de al menos una de las tres lenguas de trabajo propuestas por Finlandia. La siguiente Presidencia del Consejo, ocupada por Suecia, retomó el debate lingüístico abierto por Finlandia cuando propuso excluir al alemán como lengua de trabajo de las reuniones informales de expertos. En este caso, Alemania accedió a

¹⁶ Traducción DFV.

¹⁷ La Troika reúne al Estado miembro que ocupa la Presidencia del Consejo, al Estado miembro que la ocupaba en el semestre anterior y al Estado miembro que la ocupará en el semestre siguiente (FONTAINE et ál. 1992: 177; PEREIRA 2003: 50).

¹⁸ Tradicionalmente, con independencia del número de lenguas de trabajo que se utilicen en las reuniones informales, siempre se ha utilizado la del país que en ese momento ocupe la presidencia del Consejo.

¹⁹ Como se ha visto en otros capítulos, las reuniones formales del Consejo tienen la interpretación garantizada a todas las lenguas oficiales.

reducir a una única lengua el número de lenguas de trabajo, siempre que la mayoría de los Estados miembros estuviera de acuerdo. Sin embargo, al ser la lengua elegida el inglés, esta propuesta tuvo el voto en contra de Francia (Ammon 2006a: 331).

6. Conclusiones

Del recorrido histórico realizado al inicio de este artículo se desprende que, desde la Edad Media, el alemán se ha disputado con otras lenguas europeas un papel preponderante como lengua franca de Europa. Papel que, en mayor o menor medida, ha venido reclamando desde entonces y hasta 1945. Sin embargo, la pérdida de la Segunda Guerra Mundial llevó aparejado también un cambio en la política institucional alemana de promoción del alemán fuera de sus fronteras que ha estado marcada por la moderación. Esta moderación también se percibió en los primeros años de andadura de la Comunidad Europea. Época en la que los líderes alemanes eludieron conscientemente el diseño de políticas lingüísticas de promoción de su lengua que pudieran recordar al pasado reciente y optaron, en su lugar, por mantener un perfil discreto en la escena comunitaria en lo relativo a la posición del alemán dentro y fuera de las instituciones.

Este perfil se ha mantenido prácticamente inalterado hasta los años ochenta, a pesar de que la mayoría de los indicadores definidores de estatus de una lengua —número de hablantes nativos, número de hablantes que la tienen como segunda lengua, fuerza económica de dicha lengua, etc.— colocaban al alemán a la misma altura que el francés y, en algunos casos, que el inglés, al menos en lo que al ámbito extrainstitucional de la Comunidad Europea se refiere. Sin embargo, a principios de los años noventa, la posición institucional del alemán era muy inferior a la de estas dos lenguas.

Los cambios políticos que se produjeron a finales de los ochenta y principios de los noventa supusieron también un replanteamiento por parte de los líderes políticos alemanes de la posición que debía ocupar el alemán en el seno de la UE. Algo por otra parte previsible, dado que, con la reunificación alemana y el posterior ingreso de Austria en la UE, el alemán se constituía sin lugar a dudas como la primera lengua oficial de la UE en lo que al número de hablantes nativos se refiere. Por otra parte, la perspectiva de una ampliación hacia el Este de la Unión Europea, que entonces contaba con 15 miembros, reforzaba aun más la posición del alemán, ya que, tradicionalmente, en los países de Europa Central el estudio del alemán como segunda lengua estaba integrado en los programas educativos.

En este contexto, los responsables políticos alemanes iniciaron una política de defensa de su lengua en el marco institucional para recuperar el terreno perdido por el alemán en cuanto a su uso como lengua franca de la Unión Europea.

Referencias bibliográficas

- AKAL, *El estado del mundo 2004*. Madrid: Akal 2003.
- AMMON, U., «The Status of German and Other Languages in the European Community», en F. COULMAS (ed.), *A language policy for the European Community: prospects and quandaries*. Berlín: Mouton de Gruyter 1991a, 241-54.
- , *Die internationale Stellung der deutschen Sprache*. Berlín; Nueva York: Mouton de Gruyter 1991b.
- , «Language Conflicts in the European Union», *International Journal of Applied Linguistics* 16 (3) (2006a), 319-338.
- BALDAUF, R. B. y JERNUDD, B. H., «Language of publication as a variable in scientific communication», *Australian Review of Applied Linguistics* 6 (1) (1983), 97-108.
- BANKS A. et ál., *Political Handbook of the World: 1987*. Binghamton, Nueva York: CSA Publications 1987.
- BLACKBOURN, D., *History of Germany, 1780-1918: The Long Nineteenth Century*, 2.^a ed. Oxford: Blackwell Publishing 2003.
- BORN, J. y S. DICKGIEBER, *Deutschsprachige Minderheiten: Ein Überblick über den Stand der Forschung für 27 Länder*. Mannheim: Institut für deutsche Sprache 1989.
- CLYNE, M. G., *The German Language in a Changing Europe*. Cambridge: Cambridge University Press 1995.
- COULMAS, F., «Was ist die deutsche Sprache wert?», en: J. BORN y G. STICKEL (eds.), *Deutsch als Verkehrssprache in Europa*. Berlín; Nueva York: de Gruyter 1993, 9-25.
- CURZON PRICE, C. y A. LANDAU, «Introduction to the enlargement of the European Union: Dealing with Complexity», en: CURZON PRICE, V. et ál. (eds.) *The Enlargement of the European Union: Issues and Strategies*. Londres: Routledge 1999.
- DARQUENNES, J. y NELDE, P., «German as a lingua franca», *Annual Review of Applied Linguistics* 26 (2006), 61-77.
- DELGADO DE CANTÚ, G. M., *El mundo moderno y contemporáneo*. Madrid: Pearson Educación 2005.
- DEUMERT, A. y VANDENBUSSCHE, W., *Germanic Standardizations: Past to Present*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company 2003.
- EUROBARÓMETRO, n.º 28. (diciembre 1987). Bruselas: Comisión Europea. Disponible en Internet: http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/eb/eb28/eb28_en.pdf [Consulta: 11 noviembre 2008]
- EUROBARÓMETRO, n.º 63.4/237 (septiembre 2005). «Europeans and Languages». Bruselas: Comisión Europea. http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/ebs/ebs_237.en.pdf [Consulta: 12 enero 2007].
- FÓLDES, C., «Zur gegenwärtigen Situation des Deutschen als Fremdsprache in Ungarn», *Zielsprache Deutsch* 23 (1992): 30-40.
- FONTAINE, P. et ál., *Las instituciones europeas*. Madrid: Ediciones Rialp 1992.
- GAL, S., *Language Shift. Social Determinants of Linguistic Change in Bilingual Austria*. Nueva York: Academic Press 1993.
- GEHNEN, M., «Die Arbeitssprachen in der Kommission des Europäischen Gemeinschaft unter besonderer Berücksichtigung des Französischen», *Sociolinguistica* 5 (1991), 51-63.
- GROLIER INCORPORATED, *The encyclopedia Americana*. EE. UU.: Grolier Incorporated 1998.
- KLOSS, H., «Die den internationalen Rang einer Sprache bestimmenden Faktoren. Ein Versuch», en: KLOSS, H. (ed.), *Deutsch in der Begegnung mit anderen Sprachen*. Tübingen: Narr 1974, 7-77.

- KRAUS, P. A., *Europäische Öffentlichkeit und Sprachpolitik: Integration durch Anerkennung*. Frankfurt: Campus Verlag 2004.
- , *A Union of Diversity: Language, Identity and Polity-Building in Europe*. Nueva York: Cambridge University Press 2008.
- LABRIE, N., *La construction linguistique de la Communauté européenne*. Paris: Honoré Champion éditeur 1993.
- LANGER, N., «Low German», en: DEUMERT A. y VANDENBUSSCHE W. (eds.), *Germanic standardizations. Past to present*. Amsterdam: John Benjamins 2003, 281–302.
- MATTHEIER, K. J., «German», en: A. DEUMERT y W. VANDENBUSSCHE (eds.), *Germanic standardizations. Past to present*. Amsterdam: John Benjamins 2003, 211–244.
- MICHEL, E., «Deutsch als Weltsprache? Franz Thierfelder, the Deutsche Akademie in Munich and the Promotion of the German Language Abroad, 1923–1945», *German History* 22 (2) (2004), 206–228.
- PARKER, G., *La Guerra de los Treinta Años*. Barcelona: Crítica 1988.
- PEREIRA, J. C., *La política exterior de España (1800-2003): Historia, condicionantes y escenarios*. Barcelona: Ariel 2003.
- PHILLIPSON, R., *English-only Europe? Challenging language policy*. Londres: Routledge 2003.
- SARRACINO, G. M., *Writing for scholarly publication in english. Issues for nonnative speakers*. Roma: Manni Editori 2004.
- TRUCHOT, C., «Languages and Supranationality in Europe: The Linguistic Influence of the European Union», en: MAURIS, J. (ed.), *Languages in a Globalising World*. Nueva York: Cambridge University Press 2003, 99–110.
- TSUNODA, M., «Les langues Internationales dans les publications scientifiques es techniques», *Sophia linguistica* 13 (1983), 144–155.
- VAN DETH, J. P., *L'enseignement scolaire des langues vivantes dans les pays membres de la Communauté Européenne. Bilan, réflexions et propositions*. Bruselas: Aïmar/Didier 1979.
- WILSON, C. et ál., *Una introducción a las fuentes de la historia económica europea: Europa Occidental*. Madrid: Madrid: Siglo Veintiuno Editores 1986.